

fuerzas para negarse. Y lo prolongaban mucho, no queriendo ninguno de los dos, por escrúpulo ó por delicado pudor, interrumpirlo para renovararlo otra vez.

Por otra parte, si aquella embriaguez que compartían tenía algo de carnal, había entre los dos aquella efusión absoluta, infinita, única, que eleva y purifica todas las cosas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XX

Ramuncho había acudido aquella noche más temprano que de costumbre y con mayores precauciones al andar y al escalar el jardín, pues había el riesgo en las noches de Junio de encontrarse por los caminos con muchachas que iban tarde á casa, ó con mozos ocultos tras de los vallados en devaneos amorosos.

Y, por casualidad, ella estaba ya sola en su cuarto, mirando hacia afuera, aunque no le esperaba sin embargo.

En seguida observó Graciosa el aire de agitación y regocijo de Ramuncho y adivinó lo que pasaba. No atreviéndose á acercarse demasiado, le hizo una seña el muchacho á su novia para que viniese pronto, salvando la ventana, hacia la obscura avenida del jardín, donde hablaban sin temor alguno. Cuando estuvo cerca de él, á la sombra nocturna de los árboles, la cogió por el talle y la anunció bruscamente esta gran noticia que desde la mañana trastornaba su cabeza y la de Franchita, su madre.

— ¡ Ha escrito el tío Ignacio !

— ¿ De veras ? ¡ El tío Ignacio !...

También ella sabía que aquel tío aventurero, aquel tío de América, desaparecido hacía tantos años, no había pensado nunca, hasta el presente, en enviar otra cosa que un extraño saludo con un marinero viandante.

— ¡Sí!... Y dice que tiene posesiones por allá y que es necesario cuidar de ellas : grandes praderas y manadas de caballos; que no tiene hijos, y que si quisiera establecermé á su lado, con una gentil vascuence llevada del país, él se complacería en adoptarnos á los dos... Creo que también vendría mi madre... Si tu quisieras, podríamos casarnos desde luego... No está prohibido casarse á los que son tan jóvenes como nosotros. Ahora que me adopta mi tío y que puedo contar con una buena posición, se me figura que también ella consentiría... tu madre... En cuanto al servicio militar, tanto peor para él... ¿No te parece?...

Se sentaron sobre unas piedras cubiertas de musgo que había allí, con las cabezas un poco desvanecidas, turbados los dos por la proximidad y la tentación inesperada de la ventura cercana. Así, ya no tendría que remitirse á un porvenir incierto, después del servicio militar, sino casi inmediatamente; dentro de dos meses, quizá de uno, para que la comunión de sus almas y de sus cuerpos, tan ardientemente deseada y ahora tan vedada, y tan lejana

el día anterior, se realizase sin pecado, honesta y digna á los ojos de todos, permitida y bendita... Nunca habían visto todo aquello tan de cerca... Y apoyaban el uno contra el otro las frentes oprimidas de excesivos pensamientos, invadidos de repente por una especie de delicioso delirio... Á su alrededor, el perfume de las flores de Junio ascendía de la tierra llenando la noche de una inmensa suavidad. Y como si no hubiese ya bastantes aromas esparcidos, los jazmines y las madre selvas de los muros exhalaban de cuando en cuando en intermitentes oleadas el exceso de su perfume; parecía como si manos misteriosas banlancearan en la obscuridad invisibles incensarios, celebrando una fiesta oculta de encantamiento magnífico y secreto.

Hay frecuentemente y por todas partes, misteriosos sortilegios semejantes á éste, que emanan de la naturaleza misma, ordenados por no sabemos qué soberana voluntad de insondables designios, para engañarnos un momento en el camino que nos lleva á la muerte...

— ¿No me respondes, Graciosa, no me dices nada?...

Comprendía que ella estaba embriagada con la idea, como él mismo, adivinando por su mudez prolongada que debían interponerse sombras también en su ensueño arrebatador,

— Pero ya has recibido — díjole ella al fin — tus papeles de naturalización, ¿verdad?

— Sí, ya sabes que llegaron la semana pasada. ¡Y tú misma quisiste que lo hiciera yo así...!

— Entonces eres ya francés... ¡Y si faltas al servicio militar, eres desertor...!

— No, desertor, no: prófugo, creo que se llama esto... pero es lo mismo, puesto que no se puede volver más... ¡No me había ocurrido...!

¡Cuánto la torturaba á ella ahora la idea de haber inducido á Ramuncho á aquel acto por el cual veía cernerse en este momento una amenaza tan negra sobre la alegría apenas vislumbrada! ¡Dios mío, desertor él, su Ramuncho! ¡Es decir, desterrado para siempre del país vasco tan querido! ¡Y esta marcha á las Américas, de repente, desoladoramente grave y solemne como una especie de muerte, puesto que no habría vuelta posible...! ¿Qué hacer...?

Permanecieron los dos ansiosos y mudos, queriendo cada cual someterse á la voluntad del otro y esperando con igual sobresalto cada uno por su parte la decisión que debían adoptar, de partir ó de quedarse. Del fondo de sus corazones surgía poco á poco igual angustia, envenenando la ventura ofrecida allá abajo, en esas Américas de donde no se volvería... Y los pequeños incensarios nocturnos de los jazmines,

de las madreSelvas, de los tilos, continuaban exhalando, con más fuerza cada vez, sus hábitos de perfume embriagador; la obscuridad en que estaban envueltos parecía cada vez más acariciadora y dulce; en el silencio de la aldea y en la quietud de los campos se escuchaba de minuto en minuto la nota aflautada de las pequeñas ranas ocultas en las paredes, como un convite de amor, bajo el terciopelo de los musgos. Y á través del encaje negro de las frondas, en la serenidad de un cielo de Junio, que se hubiera creído por siempre inalterable, veían titilar, como leve polvareda fosforescente, la multitud abrumadora de los mundos.

El toque de retiro empezó á sonar en la iglesia. El timbre de aquella campana, en la noche sobre todo, tenía para ellos un no sé qué de único en la tierra; en aquel instante era como una voz que venía á traerles, en su irresolución, una especie de consejo decisivo y tierno. Callados siempre, la escuchaban con emoción creciente, de intensidad desconocida hasta entonces, la cabeza oscura de Ramuncho apoyada contra la rubia cabecita de Graciosa. La campana, la voz consejera, la querida voz protectora, decía: «No, no os marchéis para siempre; los países lejanos son buenos para los días de la juventud, pero es preciso poder volver á Etchezar; aquí hay que enve-

jecer y morir; en ninguna parte del mundo dormiréis como en este cementerio, junto á la iglesia, donde podáis oír mis voces aun estando sepultados en la tierra...» Y poco á poco cedían á la voz de la campana y á su persuasión los dos niños de alma religiosa y primitiva. Ramuncho sintió en breve correr por su mejilla una lágrima de Graciosa.

— No — dijo él por fin, — desertor no; mira, creo que no tendría valor...

— Pensaba igual que tú, Ramuncho — contestó ella. — No, no hagamos eso... Pero quería que lo dijese tú...

Entonces él se dió cuenta de que también él lloraba, como ella...

¡ Ya estaba, pues, la suerte echada; dejarían pasar la felicidad, que tenían á su alcance, casi entre sus manos; lo dejarían todo á merced del porvenir incierto y lejano... !

En la tristeza, en el recogimiento de la decisión que acababan de tomar, comunicábanse lo que les parecía mejor hacer.

— Podrías — decía ella — contestarle á tu tío Ignacio con una carta bien puesta; decirle que aceptas, que irás con mucho gusto en cuanto el servicio militar termine, añadiendo, si te parece, que tu novia agradece el ofrecimiento, como tú, y que está pronta á seguirte, pero que tú no puedes desertar.

— Y ¿por qué no le hablas de esto, desde ahora, á tu madre, para ver lo que piensa...? Según ves, no soy como antes, un simple abandonado.

Se oyeron leves pasos detrás de ellos, en el camino. Y por encima del muro apareció la silueta de un joven que se había acercado con las alpagatas de puntillas para espiarles...

— ¡ Máchate, córre Ramuncho, hasta mañana por la noche... !

En medio segundo... nada. Él se había agazapado tras un matorral; ella había volado á su cuarto.

¡ Quedaba concluído el grave coloquio !
Concluído ¿hasta cuándo? ¿Hasta mañana ó hasta nunca...? Sobre su adiós, brusco ó prolongado, sobrecogido por el terror ó apacible, todas las noches se cernía la misma incertidumbre de si volverían á verse...

XXI

La campana de Etchezar, la campana querida, la de los tranquilos *Angelus*, la de las fiestas y las agonías, tocaba alegremente en el esplendor de un hermoso día de Junio. Por todas partes veíanse en la aldea colgaduras blancas, bordados blancos, y la procesión del *Corpus* desfilaba muy lenta, sobre una verde alfombra de hinojos y de juncos cortados en las marismas de allá abajo.

Los montes parecían cercanos y sombríos, un tanto amenazantes con sus tonos oscuros y leonados, en contraste allá arriba con el blanco desfile de las niñas que marchaban sobre un tapiz de hojas y yerbas recién segadas.

Todos los antiguos pendones de la iglesia estaban allí, iluminados por aquel sol conocido desde hacía siglos, pero que no veían los pendones sino una ó dos veces al año, en las grandes solemnidades.

El mayor de los pendones, el de la Virgen, de seda blanca bordado de oro pálido, iba en manos de Graciosa, que aparecía vestida de blanco, con los ojos absortos en pleno éxtasis

místico. Detrás de las muchachas iban las mujeres, todas las mujeres de la aldea, tocadas con velo negro; entre ellas se veía á Dolores y á Franchita, las dos adversarias. Los hombres, en número considerable, cerraban el cortejo con un cirio en la mano y la boina en la otra, pero mostraban casi todos cabellos grises, rostros de expresiones vencidas y resignadas, cabezas de ancianos.

Graciosa, con el pendón de la Virgen en alto, parecía en aquel instante iluminada por célicas inspiraciones; creíase andando, como después la muerte, hacia los tabernáculos celestes. Y cuando por un instante fugaz cruzaba por su imaginación el recuerdo de los labios de Ramuncho, sentía en medio de toda esta blancura la impresión de una mancha abrasadora, pero deliciosa. Verdaderamente, cuanto más y más y de día en día se elevaban sus pensamientos, lo que menos la atraía á su novio eran los sentidos, susceptibles en ella de ser domeñados y lo que más y con mayor ímpetu, se adueñaba de ella era la ternura, la verdadera, la más profunda, la que resiste al tiempo y á los engaños de la carne. Y aquella ternura crecía aun más al pensar que Ramuncho era menos afortunado que ella, puesto que no había tenido padre...

XXII

— ¿Le has hablado á tu madre de lo del tío Ignacio? — le preguntó Ramuncho muy tarde, aquella misma noche, en la avenida del jardín, bajo la luz de la luna.

— No, todavía no; no me he atrevido... Porque no acertaría á explicarle cómo estoy al corriente de estas cosas. Como sabes, ella cree que yo no hablo contigo y me lo tiene prohibido... Piénsa lo que sería infundirle una sospecha... ¡No podríamos hablarnos más! Es mejor decirlo más tarde, cuando te hayas marchado, porque entonces todo me será igual...

— ¡Es verd...d...! Esperemos, puesto que voy á marchar.

En efecto; iba á dejar el país y estaban contadas las noches en que podría hablar con Graciosa.

Ahora que habían dejado escapar definitivamente la dicha que se les ofrecía tan asequible, allá, en las praderas americanas, les parecía preferible apresurar la partida de Ramuncho para el servicio militar; así sería la vuelta más pronta. Decidieron, pues, que sentaría plaza

en la Infantería de Marina, único Cuerpo en que no es obligatorio permanecer por más de tres años en las filas. Y como les era necesario, para estar más seguros de no carecer de valor, la fijación de una época determinada con suficiente anticipación, la señalaron para el fin de Septiembre, después de la temporada de los partidos de pelota.

Aquella separación de tres años la contemplaban con una confianza absoluta en el porvenir. Seguros estaban el uno del otro y de sí mismos y de lo perdurable de su amor. Pero al pensar en esa expectativa, sin embargo, se les oprimía el corazón de un modo extraño, proyectando una misteriosa melancolía sobre las cosas de ordinario más indiferentes, sobre la declinación de los días, sobre todos los indicios de la estación venidera, sobre la aparición de ciertas plantas, ó de ciertas especies de flores, sobre todo cuanto presagiaba el advenimiento y la desaparición de aquel estío inolvidable y último.

XXIII

Ya han brillado las hogueras de San Juan alegres y rojas, en la claridad de una noche azulada, y la cordillera española, allá abajo, parecía aquella noche incendiarse como un haz de paja; tantas eran las fogatas de alegría encendidas en sus flancos. Ha empezado, pues, la estación de la luz, del calor y de las tormentas; y hacia el fin de ella, Ramuncho debe abandonar la aldea.

Las savias, que ascendieron veloces en la primavera, languidecen ahora en la plenitud de expansión de las frondas y de las flores. El sol, más abrasador cada día, enardece las cabezas que cubren las boinas, exalta los ardores y las pasiones y suscita por doquiera en las aldeas vascas locos fermentos de agitación y de placer. En España comienzan las corridas de toros y aquí es la época de los partidos de pelota, de las fiestas, de los bailes nocturnos y de tantas languideces amorosas en la tibia voluptuosidad de la noche...

Ya reina el cálido esplendor del mes de Julio meridional. El mar Cantábrico se tiñe de

azul y la costa viste sus túnicas estivales de colores rojizos, propios de Marruecos y Argelia.

Con las lluvias deshechas de tormenta, alternan los días maravillosos en que el aire adquiere la transparencia y diafanidad de un cristal. Y hay otros también en que los objetos un poco lejanos parecen abrumados de luz, cubiertos de una polvareda de destellos fulgentes; y entonces, por encima de la sierra y de la aldea de Etchezar, la Gizune, muy aguzada, se muestra más vaporosa y elevada y en el cielo, reazando más y más su azul intenso, flotan nubecillas de un blanco dorado, orladas de un filete gris de nácar.

Los manantiales corren menos abundantes y no tan numerosos bajo la espesura de los helechos y á lo largo de los caminos se ven, más lentos, guiados por hombres con el pecho al aire, los carros de bueyes, que se mueven fatigosamente en medio de un enjambre de moscas zumbadoras.

Ramuncho, en esta época, vivía la vida inquieta del pelotari, en expediciones constantes de pueblo en pueblo, organizando partidos y jugándolos.

Pero para él no existían en realidad sino las noches.

¡Las noches...! Estar sentado cerca de Graciosa en el jardín, entre la obscuridad aromosa

y cálida; enlazar los brazos á su talle, atraerla poco á poco hacia él, apoyarla contra su pecho para que se refugiase allí y permanecer los dos por largo tiempo sin decirse nada, la barba suya junto á los cabellos de ella, respirando el olor sano y joven de su cuerpo...!

Ramuncho se enervaba peligrosamente en estos prolongados deliquios á los que Graciosa no se oponía; por lo demás, la adivinaba lo bastante entregada á él y llena de confianza para permitirselo todo; pero él no quería intentar la comunión suprema por pudor juvenil, por respeto de novio y por exceso de amor. Á veces se levantaba bruscamente para despezarse, al modo de un gato que se estira, decía ella, como en otro tiempo en Eribiague, cuando se sentía presa de un peligroso temblor y de una tentación más imperiosa de fundirse con ella en un minuto de inefable muerte.

XXIV

Extrañábase Franchita de la inexplicable actitud de su hijo que, al parecer, no veía á Graciosa y que, sin embargo, ni aun hablaba de ella. Y sintiéndose agobiada por la tristeza de la próxima separación de su Ramuncho, le observaba amorosamente, en medio de su mutismo y su paciencia de aldeana.

Una noche, una de las últimas noches, cuando salía él, misterioso y apresurado, mucho antes de la hora del contrabando nocturno, ella se le puso delante y con los ojos fijos en los suyos:

— ¿A dónde vas, hijo mío? — le dijo.

Y viéndole volver la cabeza, sonrojado y sorprendido, adquirió repentinamente la certidumbre:

— ¡Bien, ahora ya lo sé... sí, ya lo sé...!

Al descubrir este secreto, ella se sentía más conmovida que él mismo... Que no fuese á casa Graciosa, sino á ver á otra muchacha, no le ocurrió tan siquiera; lo contrario le parecía evidente. Despertaban sus escrúpulos de cristiana, se espantaba su conciencia del mal en que los dos jóvenes podían haber caído y al mismo tiempo surgía en su corazón un sentimiento del que se avergonzaba como de un crimen, una

especie de alegría salvaje... Porque, en fin, si la unión carnal de los dos se había verificado, el porvenir de su hijo quedaba asegurado tal y como ella lo soñara... Conocía además lo bastante á su Ramuncho para saber que no cambiaría de propósitos y que no abandonaría nunca á Graciosa.

Prolongábase el silencio entre madre é hijo; ella continuaba delante de él, cerrándole el paso :

— ¿Y habéis hecho algo de malo tú y ella? — se decidió á preguntarle. — Díme la verdad, Ramuncho.

— De malo, absolutamente nada, madre; se lo juro á usted, — respondió Ramuncho sin irritarse porque se le interrogara y sosteniendo con mirada franca la mirada de su madre. Era, además, verdad lo que decía y ella lo creyó.

Pero como ella permaneciese todavía inmóvil cerrándole el paso frente á frente, con la mano en el picaporte, él exclamó con sorda violencia :

— ¡ Para tres días que me faltan, no me prohibirá usted que vaya, madre... !

Ante aquella v'gorosa voluntad en rebelión, la madre, reprimiendo el tumulto de sus contradictorios pensamientos, inclinó la cabeza y sin una palabra se desvió para que Ramuncho pasara.

Era la última noche, pues dos días antes había firmado Ramuncho en la alcaldía de San Juan de Luz, con mano un poco temblorosa, la obligación de servir durante tres años en el segundo de Infantería de Marina, de guarnición en un puerto del Norte.

Era la última noche, y los novios se habían dicho que la prolongarían más que de costumbre, hasta las doce, por decisión de Graciosa : las doce, que es en las aldeas una hora desacompañada y fatal; una hora después de la cual todo le parecía á la joven más negro y fatídico.

Á pesar del ardiente anhelo de sus sentidos, no les había ocurrido ni á Ramuncho ni á Graciosa la idea de que en esta última entrevista, bajo la angustia de la partida, pudiesen intentar otra cosa.

Al contrario, en el instante de recogimiento de aquel adiós, sentíanse más puros que nunca, amándose con eternal amor.

Menos prudentes, sí, no importándoles ya el mañana, se atrevían á hablar allí, en el banco de novios, cosa que jamás habían hecho. Hablaban del porvenir, de un porvenir que

estaba para ellos tan lejano, porque, á su edad, tres años les parecían infinitos.

En tres años, cuando él volviera, ella tendría veinte; entonces, si su madre persistía en rehusar de modo absoluto la boda, esperarían un año más y Graciosa invocaría sus derechos de mayor de edad : ya estaba convenido y jurado.

Los medios de comunicarse durante la larga ausencia de Ramuncho, les preocupaba no poco: entre ellos era todo tan complicado y tan lleno de trabas y secretos! Arrakoa, el único intermediario posible, les había prometido ayudarles, ¡pero era tan mudable, les inspiraba tan poca confianza...! ¡Dios mío, si él les faltase...! Y además, ¿querría que pasasen por sus manos cartas secretas? Sin el secreto no encontrarían placer en escribirse. — Ahora que las comunicaciones son fáciles y constantes, puede decirse que no hay una separación completa, como iba á ser la de los dos, que iban á darse un solemne adiós, como los amantes de otro tiempo, de aquél en que no había correos y las distancias parecían infinitas. El venturoso regreso les parecía muy remoto, como perdido en las lejanías interminables de la duración; sin embargo, animados por la mutua fe, esperaban ese instante con una tranquila serenidad, como esperan los creyentes la vida ultraterrena.

Las circunstancias más pequeñas de esta última noche revestían en su espíritu una importancia singular; al acercarse el adiós postrero, todo se engrandecía y se exageraba para ellos, como sucede á los que esperan la muerte. Los ruidos más leves y los aspectos familiares de la noche les parecían inusitados, y sin que se dieran cuenta de ello, se imprimían para siempre en su memoria. El canto del grillo tenía un algo especial que creían no haber escuchado jamás. En la calma nocturna, el ladrar de un perro guardián en una a quería lejana, haciales estremecer infundiéndoles invencible tristeza. Y Ramuncho debía llevar en su viaje y conservarla luego con una desolada obstinación, una brizna de hierba arrancada al acaso en el jardín, al pasar, con la que estuvo jugando toda la noche maquinalmente, sin darse cuenta de ello.

Con aquel día terminaba una etapa de la existencia de ambos; habían volado unos cuantos años; su infancia había pasado...

No tenían que cambiarse muchas recomendaciones; tan seguros estaban el uno y el otro de lo que harían durante la inevitable ausencia. Realmente tenían que decirse menos que otros novios, porque sabían mutuamente hasta sus más íntimos secretos. Después de la primera hora de conversación, quedaron, pues, con las manos

enlazadas, guardando un triste silencio, más y más doloroso á medida que transcurrían rápidos é inexorables los minutos fatídicos.

Á las doce quiso Graciosa que se marchase Ramuncho : así lo había decidido aquella cabecita reflexiva y obstinada. Después de estrecharse largamente, se separaron, como si la separación fuese, en aquel instante preciso, una cosa inevitable é imposible de aplazar. Y mientras ella volvía á su cuarto, afligida, llorando, con sollozos que él alcanzaba á percibir, Ramuncho saltó el muro y al salir de la obscuridad del follaje, se encontró en el camino desierto, plateado de pálida luz por los rayos de la luna. En esa primera separación él padecía menos que ella, porque era él quien se marchaba y lo esperaban los amaneceres llenos de la ilusión de lo desconocido. Camino de su casa por la carretera polvorosa y clara, estaba como insensibilizado por el poderoso encanto del cambio de vida, del próximo viaje; casi sin pensar en nada determinado y fijo, contemplaba su sombra que le precedía, proyectada por la luz de la luna en el camino con nitidez casi ruda de contornos. La elevada Gizune dominaba impasible el conjunto circunstante con su aire frío y espectral, en medio del deslumbramiento radioso de la media noche.

XXVI

Llegó el día de la marcha. Adioses á los amigos de aquí y de allá; votos de ventura de los antiguos soldados que sirvieron en el regimiento... Desde la mañana se ha apoderado de Ramuncho una especie de embriaguez ó de fiebre, sintiendo por delante todo lo imprevisto de la vida.

Arrakoa, muy afable aquel último día, habíase ofrecido con insistencia para llevar al viajero en el coche de los Detcharry hasta San Juan de Luz, combinando la partida al ponerse el sol, para llegar justamente á la estación á la hora de pasar el tren.

Al anoecer, cuando hubo llegado la hora inexorable, Franchita quiso acompañar á su hijo á la plaza, donde ya esperaba el coche, y allí su rostro, á pesar de sí misma, se contrajo de dolor mientras Ramuncho se esforzaba por conservar el aspecto arrogante propio de los quintos que van á incorporarse á su regimiento.

— Déjame sitio, Arrakoa — dijo la madre de repente; — iré entre vosotros dos hasta la ermita de San Vicente; ya volveré á pie. Y partieron al ponerse el sol, que vertía sobre ellos, como

sobre todas las cosas, la magnificencia de sus oros y de sus cobres rojizos...

Pasó un bosque de encinas y luego la ermita de San Vicente, y la madre todavía quiso permanecer en el coche. Á cada revuelta del camino, viendo acercarse la angustiosa separación, ella pedía ir más lejos, acompañándolos.

— Madre — dijo Ramuncho cariñosamente, — en el alto de Isaritz tienes que bajarte. Arrakoa, pára el coche en ese sitio, que no quiero que mi madre se aleje tanto del pueblo...

En la cuesta del Isaritz el caballo acortó el paso. La madre y el hijo con los ojos inflamados por las contenidas lágrimas y una mano de él entre las de ella, subían la pendiente y avanzaban paso á paso y en silencio, como si fuesen ascendiendo hacia un Calvario desconocido.

Al fin, en lo alto de la cuesta, Arrakoa, que también permanecía mudo, tiró ligeramente de las riendas del caballo, y con un « Ho... la » breve y triste, como una señal lúgubre que se teme dar, detuvo el cochecillo.

Ramuncho, sin decir palabra, saltó á la carretera, ayudó á su madre á bajar del carruaje y le dió un beso apretado, largo, larguísimo...; después subió rápido al asiento :

— Vamos, Arrakoa, á escape; arrea al caballo, ¡ vamos ! — dijo...

Y en dos segundos, bajando la rápida pen-

diente, perdió de vista á aquélla cuyo rostro se inundaba al fin de lágrimas.

Ya se alejaban el uno del otro, Franchita y su hijo, marchando en direcciones opuestas por aquel camino de Etchezar, bajo el esplendor del sol moribundo, entre zarzas rosadas y amarillentos helechos. Ella volvía lentamente á su casa encontrando solamente aquí y allá grupos aislados de labradores y algunos rebaños que conducían bajo el crepúsculo de oro los pastorcillos con boina. Y él bajaba sin tregua y á escape, por valles pronto sumidos en la obscuridad, hacia la región baja por donde cruza el ferrocarril...

XXVII

Á la hora del crepúsculo volvía Franchita de acompañar á su hijo, esforzándose, para atravesar la aldea, en recobrar su aspecto habitual de arrogante indiferencia.

Pero al llegar delante de la casa de Detcharry, vió á Dolores, que al entrar en su casa se volvía deteniéndose en la puerta para verla pasar. Sin duda había algo nuevo, alguna revelación súbita, para que adoptase aquella actitud de agresivo reto, aquella expresión de provocadora ironía. Franchita se detuvo entonces también, en tanto que de sus dientes, apretados por el despecho, se escapaba, casi involuntariamente, esta frase:

— ¿Qué le sucede á esta mujer para que me mire así?...

— Que ya no vendrá esta noche el novio — respondió la enemiga.

— ¡Ah! ¿También tú lo sabías, pues, que venía aquí para ver á Graciosa?

En efecto, lo sabía desde la mañana; Graciosa se lo había confesado ella misma, no teniendo que cuidarse para nada del mañana; se lo había dicho, cansada de luchar, después

de haberle hablado inútilmente del tío Ignacio, del porvenir que se le brindaba á Ramuncho, de todo lo que podía aprovechar á la causa de sus amores...

— ¡Ah! ¿También tú sabías, pues, que venía aquí para ver á Graciosa?

Por una remembranza de otros tiempos, las dos mujeres usaban al hablarse el tuteo que habían empleado en la escuela de las monjas, á pesar de que hacía veinte años no se hablaban. Se detestaban realmente casi sin darse cuenta de ello. ¡Cuántas veces se comienza así, por simplezas, por envidias, por rivalidades de la niñez, y luego, á la larga, á fuerza de verse todos los días y no hablarse, á fuerza de lanzarse al pasar miradas malévolas, se acaba por sentir odio implacable!... Ya estaban, pues, una frente á otra y sus voces trepidaban rencorosas y coléricas.

— Sí, replicó la otra, supongo que lo sabrías antes que yo, ¡desvergonzada! No me sorprende por lo demás que te parezcan buenos todos los medios, después de lo que hiciste...

Y en tanto que Franchita, mucho más digna por naturaleza, permanecía muda, aterrorizada ahora por lo imprevisto de aquel altercado en plena calle, Dolores proseguía:

— ¡Mi hija casarse con ese bastardo sin dinero! ¡No faltaba más!

— Pues bien, yo creo que sí, que se casará con él... Trata de proponerle un marido de tu elección, á ver lo que te dice...

Entonces, como quien desdeña continuar, volvió á emprender su camino, oyendo las voces y los insultos de la otra, que la perseguían. Temblaba todo su cuerpo y á cada paso flaqueaban sus piernas, á punto de desfallecer.

En la casa, ahora vacía, ¡qué lóbrega tristeza cuando volvió á entrar!

La realidad de aquella separación de tres años se le ofrecía bajo un aspecto terriblemente nuevo, como si no hubiese estado preparada para ella; así como al regreso del camposanto se experimenta por primera vez en todo su desesperante horror la ausencia de los muertos queridos...

¡Y después, aquellos insultos en la calle! ¡Aquellas palabras, tanto más agobiadoras cuanto que, en el fondo, tenía ella la conciencia punzante de su falta con el extranjero! En vez de seguir su camino, como hubiera debido hacerlo, ¿por qué le había ocurrido pararse ante su enemiga y por una frase murmurada entre dientes, provocar aquella disputa odiosa? ¿Cómo había descendido hasta tal punto, olvidándose de los quince años en que poco á poco se granjeara el respeto de todos con su conducta perfectamente digna...? ¡Qué dolor haber

provocado y tener que sufrir la injuria de Dolores, cuyo pasado, realmente, era irreprochable, y que tenía, en verdad, derecho de despreciarla!

Reflexionando todo esto, se espantaba cada vez más de la especie de reto para el porvenir que había tenido la imprudencia de lanzar al alejarse; le parecía con tales palabras haber comprometido, al exasperar el odio de aquella mujer, las más caras y halagüeñas esperanzas de Ramuncho.

¡Ramuncho...! Su hijo, á quien el coche arrebató en aquellos instantes, en medio de la noche estival, muy lejos, á los peligros, á la guerra... Ella, pensaba, había asumido responsabilidades bien graves al imprimirle á la vida de aquél el rumbo de sus ideas propias, de sus obstinaciones caprichosas, de sus altiveces, de su egoísmo... Y ahora ella misma tal vez había atraído sobre su hijo la desgracia, mientras él se iba confiando en las alegrías del regreso...

Sería sin duda para ella el castigo supremo del pasado. Y le parecía oír, en el ambiente de su casa vacía, como la amenaza de una expiación que se acercaba lenta y segura.

Entonces se puso á rezar, con plegarias que brotaban de su corazón en rebeldía, porque la religión, tal como ella la comprendía, carecía de dulzura, de consuelo, de todo lo que pudiese infundir confianza ó enternecimiento. Su an-

gustia y su remordimiento eran tan crueles en aquel instante, que las lágrimas, las bienhechoras lágrimas, no acudían á sus ojos...

Ramuncho, en aquel mismo momento de la noche, seguía camino abajo, por los valles oscuros, hacia la región inferior por donde pasan los trenes llevando los hombres á sitios lejanos y cambiando y trastornando tantas cosas. Todavía, durante una hora próximamente, continuaría pisando la tierra euskara; después se acabaría el rincón querido. Á lo largo de su camino se cruzaba con algunos carros de bueyes, perezosos, lentos, que recordaban la tranquilidad de los tiempos pasados, ó bien, vagas siluetas humanas le saludaban al paso con el tradicional *buenas noches*, el viejo *gau-one* que mañana ya no oiría. Allá abajo, á la izquierda, en el fondo de una especie de negro golfo, se perfilaba aún España, la España que sin duda por mucho tiempo, no había de inquietar ya sus noches...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 6625 MONTERREY, MEXICO

SEGUNDA PARTE

Han pasado tres años rápidamente.

Franchita está sola en su casa, enferma, acostada, al anoecer de un día de Noviembre.

Es el tercer otoño que transcurre desde la partida de su hijo.

En sus manos, abrasadas por la fiebre, tiene una carta de él, una carta que debiera haber sido portadora de alegría sin nubes, ya que en ella anuncia la vuelta á la casa, pero que le produce, al contrario, torturantes sentimientos, porque la ventura de ver otra vez al hijo ausente se envenena ahora con tristezas, y más aún, con inquietudes, con horribles inquietudes...

¡ Oh ! había tenido el presentimiento claro del sombrío porvenir la tarde aquella en que volviendo de despedir á Ramuncho, hubo de entrar en casa, agobiada de amargura, después